



EN OTOÑO

Ha adquirido **Telesforo**, el jubilado de Las Arribes del Duero que estuvo trabajando en Suiza, la bendita costumbre de escribirme en los primeros días del otoño, al inicio del curso académico y político. Me emociona recibir carta suya, porque no conozco de otro modo a **Telesforo** que por la sucinta correspondencia que me envía, una vez al año como mucho, y disfruto de la primera a la última de sus palabras como se regocija quien reencuentra, siempre en un lugar de paso, temiendo sea la última vez, a un buen amigo, un familiar cercano, tal vez el primer amor de la adolescencia. Las cartas de **Telesforo**, este regalo de principios de curso, son una especie de sermón benévolo y campechano, constituido a partes iguales por juicios sensatos y recias reconvencciones.

Esta vez no transcribo en su integridad la carta de **Telesforo** porque es bastante larga y abunda en detalles personales que cabe guardar en lo íntimo. Daré cuenta únicamente, y de forma somera, de aquellos aspectos que, sin traicionar la confidencialidad que me pide, pueden arrojar cierta luz o cierta sombra, acaso un venturoso jarro de agua fría, en el tenebroso panorama que se cierne sobre nosotros. A diferencia de otras anteriores, muy animosas, esta carta de **Telesforo** me ha parecido triste. Es verdad que su mujer y él mismo han sufrido algunos achaques, de los que se han recuperado aparentemente sin secuelas, pero percibo ahora en el carácter de mi amigo una mezcla imprecisa de cabreo y de rabia, que no sé muy bien por dónde saldrá (yo diría que pre-

GASEOSA

MANUEL AMBROSIO
SÁNCHEZ SÁNCHEZ
PROFESOR DE LA USAL



domina lo uno en un párrafo y lo otro en el siguiente), como los borbotones en una olla puesta al fuego.

Comienza quejándose, con ironía amarga, de que yo no haya encontrado tiempo para ir a visitarlo, en estos doce meses transcurridos desde su carta anterior, y eso que en ella me había dado noticia exacta de la dirección y del nombre del pueblo donde habita. Ese preámbulo le sirve para reflexionar sobre la clase política. Aun reconociendo sus excesos, la distancia que la separa del electo-



rado o la extensión de la corrupción, no puede estar de acuerdo con quienes arremeten de manera indiscriminada contra ella, porque se trata de los legítimos representantes del pueblo y, si el pueblo juzga que no lo son, habrá que mejorar democráticamente los mecanismos de elección y de control, pero “no dejar el asunto en manos de los que siempre callan o de los que más vocean, porque nadie puede quitarme mi derecho a pronunciarme sobre el asunto”, sentencia.

Telesforo regresó a España con muy buenos caudales, fruto

de su trabajo en el extranjero. Encontró, para su satisfacción, un país moderno y avanzado y ahora, a pesar del pesimismo dominante, se niega a dejarse vencer por el desánimo: “Algunos (pocos, me parece) vuelven con aquello de que los españoles somos así y de que no tenemos remedio; mire usted, quien se ocupa de lo suyo no pierde el tiempo mirando para el prójimo o haciendo consideraciones sin provecho”.

Por similares razones no acepta **Telesforo** la imagen inmovilista y sacralizada que se proyecta de Europa: “Hablan de Europa como si fuera un dogma y hubiera que reverenciarlo; los países del sur también somos Europa, y nada hay que no podamos cambiar entre nosotros”. En el pueblo en el que vive quedan muy pocos vecinos y ningún niño, han quitado horas de médico, suprimido las urgencias en la cabecera y uno de los días del transporte público. Al llegar en su carta a este punto, mientras repasa la actualidad del momento, **Telesforo** se enciende: “Lo llaman recortes, y son atropellos; enfermas y encima pretenden quitarte el salario”. Pese a todo, no se plantea en modo alguno el abandonar el pueblo en que transcurrió su infancia, aunque, por sus recursos, podría hacerlo. “Hay quien me dice que he vuelto al pueblo para morirme de asco: pues a lo mejor es verdad, ya ve usted, a lo mejor esa es mi manera de decir que no, que hay cosas por las que no paso”.

Doblo la carta de **Telesforo** prometiéndome ir a verlo en pocos días. Él sabe que estuvimos vendimiando muy cerca, que pasamos con el coche casi por delante de su vivienda... ||